

Y llamare á vuesa puerta,
Abridle y acariñadle
Y dadle racion entera,
Que quien sirve á buen señor
Buen galardón dél espera.
Ponedme de vuesa mano
El peto, espaldar y grebas,
Brazal, celada y manoplas,
Escudo, lanza y espuelas;
Y puesto que rompe el día
Y me dan los moros priesa,
Dadme vuesa bendición
Y fíncad enhorabuena.—
Con esto salió Rodrigo
De los muros de Valencia
A dar la batalla á Búcar,
¡Plegue á Dios que con bien vuelva!

XL. — (Anónimo.)

La venida del rey Búcar
A la ciudad de Valencia
Está consultando el Cid
Con muchos homes de cuenta.
Estando en aquesta fabla
Han entrado por la puerta
Sus yernos disimulando
La traición que asaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
A la su mano derecha,
Él temblando de atrevido
Y ellos tiemblan de flaqueza,
Que los ánimos cobardes
Carecen de fortaleza.
En estas fablas estando,
Toda la gente trae nuevas
Con cajas, pífanos, trompas,
De como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
A una torre tan soberbia
Como son sus pensamientos
Que igualan á las estrellas.
Puesto de pechos el Cid
En las soberbias almenas,
Miraba al rey que ha llegado
Con el ejército y tiendas,
De que sus cobardes yernos
Ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
Que un recaudo del rey llega,
Bajóse por recibillo
Sin bajar su fortaleza.
A las razones del moro
Atiende el Cid con prudencia
Y turbado de su aspecto
Le dice desta manera:
— El rey Búcar, mi señor,
Ha venido de su tierra

A deshacer el gran tuerto
Con que tú le tienes esta.
Enviatela á pedir,
Y en viendo que no la dejas
Te apercibe á la batalla
Y procura defendella.—
Oidas estas razones
No haciendo dellas cuenta,
Alegre responde el Cid,
Mostrando mucha clemencia:
— Dile al rey que se aperciba,
Que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuenta mucho
Y no pienso salir della,
Porque he pasado en ganalla
Muy grandes cuitas y penas.
Gracias infinitas doy
A la infinita grandeza
Que me otorgó la vitoria
En tan peligrosa guerra;
A solo Dios lo agradezco,
Y á la sangre y gente buena
De mis parientes y amigos,
Que también mucho les cuesta.
El moro se despidió
Cobarde en ver su presencia,
Y temeroso de oírle
Al rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
Cosas sobre esta hacienda,
Y conoció de sus yernos
La cobardía que encierran.
Mandóles que se quedasen
Porque no prueben sus fuerzas:
Ellos temerosos desto,
Corridos de tal afrenta,
Le dicen que han de ir con él
A tan peligrosa empresa.
Juntas las gentes del Cid
Sus haces trazan y ordenan,
Todos salen al real
Y el Cid con tanta braveza,
Que los moros temerosos
Sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y cajas
La batalla se comienza,
Animándolos Rodrigo
Que lleva la delantera;
Con su gente puesta en orden
La batalla les presenta.
Embistense amabas las partes,
Y en la batalla sangrienta
Diez y ocho reyes prende,
Y á todos ellos prendiera,
Mas poniendo á los piés alas
Desembarazan la tierra,
Y aunque costó mucha sangre
Durando tan grande pieza,

La vitoria llevó el Cid
Y con ella entró en Valencia.
Recibiólo la ciudad
Con aplauso y buena estrena,
Deséanle mil saludes
Para su amparo y defensa,
Y él contento y muy alegre
Se va á ver á su Jimena.

XLI. — (Sepúlveda.)

En batalla temerosa
Andaba el Cid castellano
Con Búcar, ese rey moro,
Que contra el Cid ha llegado
A le ganar á Valencia
Que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
En ella se habían hallado,
Y contra un infante de ellos,
Fernán González llamado,
Un moro viene corriendo
Con fuerte lanza en su mano;
Fuerte muestra el moro ser,
Segun viene denodado.
El conde que vido al moro
Huyendo va por el campo:
No lo había visto ninguno
Para que sea publicado,
Si no fuera don Ordoño,
Escudero es muy honrado,
Que del buen Cid es sobrino,
De Pedro Bermudo hermano.
Ordoño fué contra el moro,
Con su lanza lo ha encontrado,
Y firiéndolo en los pechos
Pasólo de lado á lado,
El pendón que va en la lanza
Todo sale ensangrentado:
El moro cayera muerto,
Don Ordoño se ha apeado
Y el caballo que traía
Con las armas le ha tomado.
Llamó á su cuñado el conde,
Esto le estaba hablando:
— Cuñado Fernán González,
Tomad vos este caballo,
Decid que al moro matasteis
Que en él venia cabalgando,
Que en días que yo viviere
Non diré yo lo contrario,
Non haciendo vos porqué,
Siempre se estará encelado.—
Estando en estas razones
El buen Cid había llegado,

A un moro venia siguiendo
Y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
— Señor, este yerno honrado,
Que por bien os ayudar
Un moro mató en el campo
De un golpe que le dió,
Suyo fizo este caballo.—
Mucho le plugo al buen Cid
De lo que le había contado,
Cuidando decir verdad
Mucho á su yerno ha loado.
Juntos van por la batalla,
Firiendo van y matando,
Y en moros que los aguardan
Haciendo van grande estrago.

XLII. — (Lope de Vega.) (1)

Tirad, fidalgos, tirad
A vuestro troton el freno,
Que en fuir de aquese modo
Mostrais el pavor del pecho.
De un home solo fuis,
Mirad que no es de homes buenos
Fuir en tal lid de un moro
Donde hay tantos que lo vieron.
Si non queredes morir
Como buen fidalgo á fierro,
Non vivais entre fidalgos
Que fíncan continuo muertos.
Tornadvos luego á Valencia,
Que si non faceis mas qu'eso
También saldrán á lidiar
Las damas que quedan dentro.
Mal andanza vos dé Dios,
Pues con aspecto tan feo
Así en público fuis,
¿Qué vos dirán en secreto?
Mala doctrina tomastes
De mi tío vuestro suegro,
Pues non mancháis la Tizona
Deshonrando el honor viejo.
Decides que sois fidalgos,
Pues yo vos juro á San Pedro
Que tales desaguisados
Non facen fidalgos buenos.
Las armas traeis doradas,
Non las regaleis, mancebos,
Porque son fierros dorados
Que publican vuestros yerros.
Tomad aquese caballo
Del moro que yace muerto,
Y decid que le vencistes,
Que de callar os prometo.

(1) Al mismo asunto del anterior.

Galanes sois entre damas,
Sed valientes entre perros,
Porque non digan de vos
A los que os han parentesco :
Y á Dios, que quiero partirme,
Porque el Cid mi tío es viejo,
Y le quiero ir á ayudar,
Pues no le ayudan sus yernos. —
Esto dijo el buen Bermúdez
Porque el infante don Diego
En la vega de Valencia
Fuyó de un moro gran trecho.

XLIII. — (Anónimo.) (1)

Helo, helo por do viene
El moro por la calzada,
Caballero á la gineta
Encima una yegua baya,
Borceguies marroquies
Y espuela de oro calzada,
Una adarga ante los pechos
Y en su mano una azagaya,
Mira y dice á esa Valencia :
— De mal fuego seas quemada,
Primero fuiste de moros
Que de cristianos ganada.
Si la lanza no me miente,
A moros serás tornada,
Y á aquel perro de aquel Cid
Prenderélo por la barba,
Su muger doña Jimena
Será de mi captivada,
Y su hija Urraca Hernandez
Será la mi enamorada,
Despues de yo harto della
La entregaré á mis compañas. —
El buen Cid no está tan lejos
Que todo no lo escuchára.
— Venid vos acá, mi fija,
Mi fija doña Urraca,
Dejad las ropas continas
Y vestid ropas de Paseua,
A aquel moro hi de perro
Detiénemelo en palabras,
Mientras yo ensillo á Babieca
Y me ciño la mi espada.
La doncella muy fermosa
Se paró á una ventana,
El moro desque la vido
Desta suerte le fablára :
— Alá te guarde, señora,
Mi señora doña Urraca.

(1) Es por antigüedad y popularidad uno de los mas interesantes que se hallan en la coleccion.

— Así faga á vos, señor,
Buena sea vuestra llegada.
Siete años ha, rey, siete,
Que soy vuestra enamorada.
— Otros tantos ha, señora,
Que os tengo dentro en mi alma. —
Ellos estando en aquesto
El buen Cid ya se asomaba.
— A Dios, á Dios mi señora,
La mi linda enamorada,
Que del caballo Babieca
Yo bien oigo la patada. —
Do la yegua pone el pié
Babieca pone la pata.
El Cid fablára al caballo,
Bien oíreis lo que fablaba :
— Reventar debia la madre
Que á su hijo no esperaba. —
Siete vueltas la rodea
Al derredor de una jara,
La yegua que era ligera
Muy adelante pasaba
Fasta llegar cabe un rio
Adonde una barca estaba ;
El moro desque la vido
Con ella bien se folgaba,
Grandes gritos da al barquero
Que le allegase la barca :
El barquero es diligente,
Túvosela aparejada,
Embarcóse presto en ella,
Que no se detuvo nada.
Estando el moro embarcado
El buen Cid se llegó al agua,
Y por ver al moro en salvo
De tristeza reventaba,
Mas con la furia que tiene
Una lanza le arrojaba,
Y dijo : Coged, mi yerno,
Arrecogedme esa lanza,
Que quizá tiempo verná
Que os será bien demandada.

XLIV. — (Anónimo.) (2)

De concierto están los condes
Hermanos Diego y Fernando,
Afrentar quieren al Cid,
Y han muy gran traicion armado.
Quieren volverse á sus tierras,
Sus mugeres demandando,
Y luego les dice el Cid,
Cuando las hubo entregado :
— Mirad, yernos, que tratades

(2) Con pocas variantes es el mismo que mas modernizado se halla en el *Romancero del Cid*.

El Cid al rey se ha quejado.
El rey como aquesto vido,
Tres córtés habia armado.

XLV. — (Anónimo.)

En las malezas de un monte
Desnudas por gran traicion,
Dos soles contempla el mundo
Doña Elvira y doña Sol,
Hijas de Jimena Gomez
Y del buen Cid Campeador,
Regalo del alma suya
Y prendas del corazon.
Allí en la blanca azucena
Muestra el lirio su color,
Y en dos albas cieras bellas
La grana por arrebol :
Dos cielos que llueven perlas
Y estrellas dan al licor,
Y entre aljófar y corales
Esta voz forma el dolor :
¡Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡ay breña!
¡Ay quien del mundo fia! cómo sueña!
— ¡Ay, alevos condes, dicen,
Cuán ciegos en vuestro error
Dejais presas nuestras manos,
Sueltas las del vengador!
¡Ay famoso Cid! tus obras
Ganadas con tu valor,
Hoy en duros robles mueren
A manos del desamor.
Mil baluartes y muros
Ha derribado el temor
De tu brazo, á quien ultrajan
Las chozas de Carrion.
¡Espanto de mil traiciones!
Ya dirá el mundo traidor
Que se le atreven los condes
Al que es de reyes señor :
¡Ay duro roble, etc.
¡Ay honor, prenda del alma!
Decidle al Cid que os ganó
Entre lanzas de dos hierros
Que en uno solo os perdió.
Id luego, no vais agora,
Pero no lo hareis vos, no,
Que aborreceis á desnudos
Y á deshonrados mejor.
Id, pues que sois tan altivo,
Decid al rey en Leon
Que se dueña cuando os mire
O que os vuelva cual os vió :
Y en tanto destas montañas
Con tierna lamentacion
Volveremos de las fieras
En piedad dulce el rigor.

Como á dueñas hijasdalgo
Mis hijas, pues que á vosotros
Por mugeres las he dado. —
Ellos ambos le prometen
De obedecer su mandado.
Ya cabalgaban los condes,
Y el buen Cid ya está á caballo
Con todos sus caballeros,
Que le van acompañando.
Por las huertas y jardines
Van riendo y festejando :
Por espacio de una legua
El Cid los ha acompañado.
Cuando dellas se despide,
Lágrimas le van saltando.
Como hombre que ya sospecha
La gran traicion que han armado,
Manda que vaya tras ellos
Alvar Fañez su criado.
Vuélvese el Cid y su gente,
Y los condes van de largo.
Andando con muy gran priesa,
En un monte habian entrado
Muy espeso y muy oscuro,
De altos árboles poblado ;
Mandan ir toda su gente
Ade ante muy gran rato,
Quédanse con sus mugeres
Tan solos Diego y Fernando.
De sus caballos se apean,
Y las riendas han quitado ;
Sus mugeres que lo ven
Muy gran llanto han levantado ;
Apéñalas de las mulas
Cada cual para su lado ;
Como las parió su madre
Ambas las han desnudado,
Y luego á sendas encinas
Las han fuertemente atado.
Cada uno azota la suya
Con riendas de su caballo ;
La sangre que dellas corre
El campo tiene bañado ;
Mas no contentos con esto,
Allí se las han dejado.
Su primo que las hallára,
Como hombre muy enojado
A buscar los condes iba,
Y como no los ha hallado,
Volvióse presto para ellas
Muy pensativo y turbado :
En casa de un labrador
Allí se las ha dejado.
Vase para el Cid su tío,
Todo se lo ha contado ;
Con muy gran caballeria
Por ellas ha enviado.
De aquesta tan grande afrenta

Ay duro roble!
¡Ay soledad! ¡Ay breña!
¡Ay! quien del mundo fia ¡cómo sueña!

XLVI. — (Anónimo.)

Al cielo piden justicia
 De los condes de Carrion
 Ambas las hijas del Cid
 Doña Elvira y doña Sol.
 A sendos robles atadas
 Dan gritos que es compasion,
 Y no las responde nadie
 Sino el eco de su voz.
 El menosprecio y afrenta
 Sienten, que las llagas non,
 Que es dolor á par de muerte
 En la muger un baldon.
 Tal fuerza tiene consigo
 La verdad y la razon,
 Que hallan en los montes gentes
 Y en las fieras compasion.
 A los lamentos que hacen,
 Por allí pasó un pastor,
 Por donde no puso pié
 Cosa humana, si ahora non.
 Danle voces que se acerque,
 Y él non osa de pavor,
 Que son hijos de ignorancia
 El empacho y el temor.
 — Por Dios te rogamos, home,
 Que hayas de nos compasion,
 Asi tus ganados vayan
 Siempre de bien en mejor,
 Nunca les falten las aguas
 En el estío y calor,
 Las yerbas no se les sequen
 Con la helada y con el sol,
 Tus tiernos fijuelos veas
 Criados en bendicion,
 Y peines tus blancas canas
 Sin dolencia y sin lesion;
 Que desates nuestras manos,
 Pues que las tuyas non son
 Como las que nos ataron
 De malicia y de traicion. —
 Estando en estas palabras,
 El buen Ordoño llegó
 En hábito de romero
 De órden del Cid su señor:
 Prestamente las desata
 Disimulando el dolor.
 Ellas que no conocieron
 Juntas lo abrazan las dos;
 Llorando les dice: — Primas,

Secretos del cielo son,
 Cuya voz y cuya causa
 Está reservada á Dios.
 No tuvo la culpa el Cid
 Que el rey se lo aconsejó;
 Mas buen padre teneis, dueñas,
 Que vuelva por vuestro honor.

XLVII. — (Anónimo.)

Atended á la mi fabla,
 Alevs yernos del Cid,
 Cobardes como traidores,
 Que siempre es cobarde un vil.
 ¿Homes buenos sois vosotros?
 Non sois, si canalla ruin,
 Que el Cid en sus fechorías
 Da demonstracion de sí.
 Non fuyais, alevs condes,
 Que non vos valdrá el fuir,
 Que es águila la venganza
 Cuando el agravio es neblí.
 Un home solo os va en zaga,
 Non fuyais, facelde huir,
 Mas es la razon gigante
 Que se acompaña con mil.
 Volved, que non me desmayan
 Las espadas que ceñís,
 Que el Cid las cubrió de sangre,
 Pero vosotros de orin.
 Sus dos fijas le azotasteis;
 Pero fué tuerto, que al fin
 Al Cid ofendeis y á Dios,
 Al rey Alfonso y á mí:
 Todos cuatro son leones,
 Y mas bravos, si advertís,
 Que tomarán la venganza
 Sin pasta ni menjui. —
 Desta suerte á los infantes,
 Dando rienda á su rocín,
 Los sigue el valiente Ordoño,
 El buen sobrino del Cid.

XLVIII. — (Anónimo.)

No con poco sentimiento
 Mira á los condes infames
 Entre unas ramas oculto
 El cuidadoso Alvar Fañez (1).
 Al mandato de su tio
 Obedece, porque sabe
 Que las sospechas dudosas
 Suelen engendrar verdades.
 Viendo desnudas sus primas
 A la inelemencia del aire

(1) En este romance se pone á Alvar Fañez en lugar de Ordoño que se halla en otros.

Amarradas á dos robles
 Así empezó á lamentarse:
 — ¡Cómo es que así se trate
 La honra de mi tio y vuestro padre! —

No quiso llegar á ellas
 Mientras los dos miserables
 Al peregrino suceso
 Dieron fin para ausentarse.
 Bien se atreviera á los dos
 Y á ciento de su linage,
 Si no fuera en guarda suya
 Una gran cuadrilla infame;
 Y viendo que estaban solas,
 Triste ante sus ojos parte,
 Que es propio en un pecho noble
 Cuando no puede vengarse.
 Al cielo vuelve los ojos
 Reventando de corage,
 Y dice, mirando atento
 De sus primas las señales:

— ¡Cómo es que así se trate, etc.

Si vuestra honra es la mia,
 No es bien honrado me llame
 Si no gano como fuerte
 Lo que hoy pierdo por cobarde.
 Entended, alevs condes,
 Que á mi tio no afrentastes,
 Ni que se mancha tal paño
 Con cuatro gotas de sangre.
 No puede, aunque fué en dos primas,
 Afrenta aquesta llamarse,
 Si el Cid que el baldon recibe
 No lo escucha ni lo sabe;
 Mas desátentovs mis manos,
 Que del recibido ultrage
 Venganza nos dará el cielo,
 Si yo no fuere bastante:
 ¡Cómo es que así se trate, etc.

Con su capa las cubria
 Que están desnudas al aire,
 Mientras la noche vecina
 Su manto piadoso esparce.
 A la choza de un pastor
 Vinieron á repararse,
 Que á veces pueden humildes
 Hacer merced á los grandes.
 En esto amaneció el dia,
 Y el pastor corriendo parte
 A dar las nuevas al Cid,
 Y así replica Alvar Fañez:
 — ¡Cómo es que así se trate
 La honra de mi tio y vuestro padre!

XLIX. — (Anónimo.)

Elvira, soltá el puñal,
 Doña Sol, tiradvos fuera,
 Non me tengades el brazo,

Dejadme, doña Jimena.
 Non me tollais el rencor,
 Que me empacha la vergüenza
 Que todas mis fechorias
 Manchen mis suertes siniestras.
 ¿A mis fijas, falsos condes,
 Y á mis acatadas dueñas,
 Canes, faceis tales tuertos,
 Tenudas en lueñas tierras?
 ¿A mi, que vos dí humildoso
 Mis fijas cuando os las diera
 De mil pulidas garnachas
 Guarnidas y ricas prendas?
 Endonévos mis espadas,
 Lo mejor de mi hacienda,
 Y en dos mil maravedís
 Me empeñára yo en Valencia;
 Cadenas de oro de Arabia
 Con buenos ingenios fechas,
 Que en la su mandadería
 Me enviára el rey de Persia;
 Caballos os dí ruanos,
 Y para en plaza seis yeguas,
 Sendas capas de contray
 Con los aforros de felpa;
 ¿Y en pago de mis fiducias,
 Y en pago de mis recuestas
 Me las enviades, condes,
 Azotadas sin vergüenza,
 Sus albos cuerpos desnudos,
 Ligadas sus manos bellas,
 Sus crenchas desmelenadas,
 Sus tristes carnes abiertas?
 Voto hago al Pescador
 Que gobierna nuestra Iglesia,
 Y mal grado haya con él
 Cuando le fable en Cardeña,
 Si en Fromesta y Carrion,
 Torquemada y Valenzuela,
 Villas de vuestros condados,
 Queda piedra sobre piedra.
 Antolnez testimonio,
 Pelaez vino con ellas;
 Yo vos pondré la caluña
 Tal que atemorice en vella:
 Que con ella y mi razon,
 Ellos y sus parentelas
 Han de fincar á mis manos,
 A mis agravios desfechas.
 Camperos tiene el buen rey
 Que vos apañen y prendan;
 Fágame justicia en todo
 Y tendré mi espada queda. —
 Esto fabió y dijo el Cid,
 Y cabalgando en Babieca
 Partió de Valencia á Burgos
 A dar al rey su querella.

L. — (Anónimo.)

Lloraba doña Jimena
A sus solas con el Cid
La afrenta de sus dos hijas,
Y así comenzó á decir:
— ¿Cómo es posible, señor,
Siendo temido en la lid,
Que os afrontasen dos homes,
No siendo bastantes mil?
Y si aquesto no vos duele,
Ved que á mi padre perdí
Por ser vos tan vengativo
En las cosas que sentís.
Considerad vuestras hijas,
Aquesas que yo parí,
Que non son hijas prestadas,
Sinon de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes,
Y que esa gente ruin
Non se atreva á facer tal
Sabiendo que sois el Cid,
Pues no faltarán salida
Para poderse eximir.
Si es bien que aquesto sintades
Farto os he dicho, sentid.

LI. — (Anónimo.)

Despues que una fiesta fizo
Al santo y divino Pedro
Aquel que africanos moros
Pagaron tributo y pecho,
Hizo una junta en su casa
De parientes y homes buenos,
Y como juntos los vido
El buen Cid les dijo aquesto:
— Bien sabeis, amigos míos,
La fazaña de mis yernos:
¡Bien me pagaron las obras
Que en Valencia hice por ellos!
Con riendas me las pagaron,
No teniendo rienda en ellos
De ponellas en mis hijas
Azotadas en desiertos:
Y agora el rey de Leon
Dice por su mandadero
Que dentro de treinta dias
Tengo de estar en Toledo.
Así vos suplico y pido,
Aunque no es menester ruegos
Para amigos tan leales
Teniendo fidalgos pechos,
Non se fable allá en las córtes,
Niu perdamos el respeto
Al rey, que non es razon,
Juzgando bien y derecho.
Non se descomida nadie

Non hablando en nuestros fechos,
Que yo pondré la demanda
De lo que les di primero,
La hacienda, plata y oro,
Las espadas amen d'eso,
Y pediré el desacato
Que á mis hijas les ficeron.

LII. — (Anónimo.)

Asida está del estribo
La noble Jimena Gomez,
Y en tanto que al Cid le habla,
El Cid su gaban compone.
— Mirad, le dice, señor,
Que la sangre de aquel conde
Que matasteis bueno á bueno
Que la vengueis como noble.
A las córtes vais, buen Cid,
Y á lo que os lleva á la corte
Ha de dar corte la espada,
Porque no tiene otro corte.
Al rey habrán prevenido
Y á sus amigos, los condes,
Que es de cobardes muy propio
Socorrerse de invenciones.
No aceteis del rey Alfonso
Escusas, ruegos ni dones,
Que mal se cubre una injuria
Con afeite de razones.
Considerad vuestras hijas
Amarraadas á dos robles,
De quien hoy tiemblan las hojas
Condolidas de sus voces;
Y mirad que aquella ofensa
Contra mi fecha en el monte,
Descubre en vos las señales,
Y en mis hijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
Que son los competidores
Cruelles como cobardes,
Como cobardes traidores.
Yo sé bien que vais seguro,
Si no fuere de traiciones,
Que atrevidos con mugeres
Nunca lo son con los hombres.
No entreis, señor, en batalla,
Que menguais vuestros blasones
Honrando con vuesa espada
Una sangre tan enorme.
El que venció á tantos reyes
No se iguale á aquestos homes,
Que relinchos de Babieca
Han vencido otros mejores.
Cobrad vuestras dos espadas
Para Bermudo y Ordoñez,
Que ellos pondrán en sus filos
El uso de vuestros golpes.

Sacaré del fuego mio
La Tizona los tizonos,
Y la famosa Colada
La mancha de mis pasiones.
Por mi aviso y vuesa mano
Que á mi venganza se ponen,
Desde luego la esperanza
Me promete alegres dones.
— Así suceda, Jimena, —
El famoso Cid responde,
Y abajando la cabeza
Picó á Babieca y partióse.

LIII. — (Anónimo.) (1)

Recibiendo el alborada
Que viene á alegrar la tierra
Tocaban á recoger
Seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vivar,
El buen Cid, su gente apresta
Para partir á Toledo,
Que á córtes el rey le espera.
Ya la plaza del palacio
Está de gente cubierta,
De escuderos y fidalgos
Esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
Ya está en medio la escalera,
Y sálenle á acompañar
Sus dos hijas y Jimena.
Abrazalas cortesmente
Y ruégales que se vuelvan,
Que en ver presentes sus hijas
Tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguan
Donde estaba su Babieca,
Que de ver triste á su amo
Casi siente su tristeza,
Salió en cuerpo hasta la plaza
Armado con armas negras,
Sembradas de cruces de oro
Desde la gola á las grebas.
Vió su gente tan lucida
Y en la ventana á Jimena,
Y por facer lozania
Puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
Y al cabo de la carrera
Quitó á Jimena la gorra
Y tocaron las trompetas.
Todos siguieron tras él,
¡Cuán lucida gente lleva!
Pues alegre el sol de vellos

En las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
Y á la vista de Requena
Detuvo la rienda el Cid,
Que no quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
Que allí fué la vez primera
Que le llamó el sexto Alfonso
Estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz,
Levantando la visera
Y afirmado en los estribos,
La dice desta manera:
— Teatro de mi deshonra
Do se hizo la tragedia
En que mis alevos yernos
Fueron los autores della;
Principio de mi desdicha,
Do sin ser jueves de cena
Comieron con faz doblada
Ambos Judas á mi mesa:
Al rey vó á pedir justicia,
Ruego á Dios que no la tuerza,
Que á postre de mi venganza
No estareis en mi frontera. —
Y llevado de furor
Puso al caballo las piernas
Contra la flaca muralla,
Que de verle airado tiembla.

LIV. — (Anónimo.)

Tres córtes armara el rey
Todas tres á una sazón,
Las unas armara en Búrgos,
Las otras armó en Leon,
Las otras armó en Toledo
Donde los hidalgos son,
Para cumplir de justicia
Al chico con el mayor.
Treinta dias da de plazo,
Treinta dias, que mas non,
Y el que á la postre viniere
Que lo diesen por traidor.
Veinte nueve son pasados
Los condes llegados son.
Treinta dias son pasados
Y el buen Cid non viene, non.
Allí hablaban los condes:
— Señor, dadlo por traidor. —
Respondiérale el rey:
— Eso non faria, non,
Que el buen Cid es caballero
De batallas vencedor,

(1) Romances desde la partida del Cid para vengar la afrenta que recibió de sus yernos los condes de Carrion.

Pues que en todas las mis cortes
 Non lo habia otro mejor. —
 Ellos en aquesto estando,
 El buen Cid alli asomó.
 Con trecientos caballeros,
 Todos fijosdalgo son,
 Todos vestidos de un paño,
 De un paño y de una color,
 Si no fuera el buen Cid
 Que traia un albornoz;
 El albornoz era blanco;
 Parecia emperador,
 Capacete en la cabeza
 Que relumbra como el sol.
 — Dios vos mantenga, buen rey,
 Y á vosotros sálveos Dios.
 Que non fablo yo á los condes,
 Que mis enemigos son. —
 Allí dijeron los condes,
 Fablaron esta razon:
 — Nos somos fijos de reyes,
 Sobrinos de emperador,
 ¿ Merescimos ser casados
 Con fijas de un labrador? —
 Allí hablára el Cid,
 Bien oireis lo que habló:
 — Convidáraos yo á comer,
 Buen rey, tomástelo vos,
 Y al alzar de los manteles
 Dijistes esta razon:
 Que casase yo mis fijas
 Con los condes de Carrion.
 Diérais yo en respuesta
 Con respeto y con amor:
 Preguntarélo á su madre,
 Su madre que las parió,
 Preguntarlo he yo á su ayo,
 Al ayo que las crió.
 Dijérame á mi el ayo:
 « Buen Cid, non lo fagais, non,
 Que los condes son muy pobres
 Y tienen gran presuncion: »
 Mas por non contradeciros,
 Buen rey, ficiéralo yo.
 Treinta dias duraron las bodas,
 Que non quisieron mas, non,
 Cien cabezas yo matára
 De mi ganado mayor:
 De gallinas y capones,
 Buen rey, non lo cuento, non.

LV. — (Anónimo.)

Idos vos, Martin Pelaez,
 A mi Valencia y guardalla
 Mientras que me quejo al rey
 De aquesta traicion tamaña.
 Rogaréle que se lembre

Cuando á mis fijas casára
 Contra la mi voluntad,
 De mi Jimena y mi casa;
 Y que por facer la suya
 Y cumplir la su palabra,
 Yo folgué que se ficiesen
 Aquestas bodas amargas.
 Diréle yo cómo Ordoño
 Las falló tan mal paradas
 Y desnudas de las ropas
 Que les diera para honrallas;
 Y si los ojos me dejan
 Contar tan malas fazañas,
 Diré cómo las toparon
 En el monte aprisionadas,
 Y pediré que en sus córtes
 Desagravie aquestas canas,
 Que el deshonor de mis fijas
 Las tienen avergonzadas.
 Y de tan grande traicion
 Faré un reto, una demanda
 A los condes, si tuvieren
 La faz para sustentalla.
 Cobraré allí mis dos joyas,
 Pues están mal empleadas
 En poder de dos traidores
 Mi Tizona y mi Colada:
 Y vos, amigo Martin,
 Quedareis desta vegada
 Como señor de mis tierras,
 Por mi falta gobernallas.
 Acudireis á Jimena
 A servilla y regalalla,
 Tendreis mucha cuenta en esto.
 Catad que os dejo en mi casa.

LVI. — (Anónimo.)

Años hace, el rey Alfonso,
 Que solo en vuestro servicio
 El arambre de Tizona
 Apenas lo he visto limpio,
 Y que mi pobre Jimena,
 Nacida en contrario signo,
 Fué por mi sola de padre
 Como por vos de marido.
 Ella mi ausencia ha llorado
 El medio lecho vacío,
 Mientras que yo derribaba
 Mil estandartes moriscos.
 Testigos tengo presentes,
 Y vos, rey, sois buen testigo
 Que he atropellado mas lunas
 Que el sol ha durado siglos.
 Fui en juveniles años
 Rayo en vuestros enemigos,
 Como agora son mis canas
 Terrero de mal nacidos.

Todo lo gobierna el cielo
 Con su nivel y destino,
 Desde la tierra á su altura
 Y desde el cielo á su abismo.
 Al pavon le dió los piés,
 Al águila el corvo pico,
 Y al leon la calentura,
 Porque esten menos altivos.
 Dos fijas tengo, señor,
 Y porque le hurté al serviros
 El tiempo del engendrallas,
 Las engendré con delito.
 Agraviáronlas traidores,
 Y por haberse atrevido,
 Aunque mi brazo pudiera,
 Solo al vuestro lo remito.
 Dos cobardes las ofenden
 Cuyos corazones tibios
 Al temor hacen altares
 Y le ofrecen sacrificios.
 Carrion les da tributo
 Como la fama al olvido,
 Y por tal yo me querello,
 De tal injuria ofendido.
 Levante vuesa justicia
 El peso con el cuchillo,
 Que aunque suyo sea el peso
 El pesar ha de ser mio.
 Si la justicia en las armas
 Falló el natural abrigo,
 Ya sirvo yo con las unas,
 Faced justicia y castigo.
 Si Dios es justo y el home
 Tan obligado á servillo,
 En cuanto mas le imitare
 Será mas justo y mas digno.

LVII. — (Anónimo.)

A Toledo habia llegado
 Ruy Diaz, que el Cid decian,
 A córtes del rey Alfonso,
 Que por su amor las hacia
 Para le dar gran derecho
 De la gran alevosia
 Que sus yernos los infantes
 De Carrion fecho habian.
 En palacios de Galiana
 El rey mandado tenia
 Que se juntasen á las córtes
 Todos los que alli vendrian.
 La silla del rey Alfonso,
 Que era muy hermosa y rica,
 Púsose al mejor lugar
 Que en toda la sala habia,
 Al rededor de la cual
 Escaños grandes ponian,
 Donde se sentasen todos

Los de la caballeria.
 El Cid llamó á un escudero,
 Muy fidalgo en demasia,
 Fernan Alfonso ha por nombre,
 El Cid criado le habia.
 Mandóle tome un escaño
 Que de Valencia traia,
 Que se lo ganó al rey moro
 Cuando en ella lo venia.
 Mandóle que le pusiese
 Donde el rey tenia su silla,
 Escuderos fijosdalgo
 Mandó lleve en compañia
 Y que guarden el escaño
 Hasta que sea otro dia.
 Todos llevan el escaño,
 Que es hermoso á maravilla,
 Sus espadas á los cuellos,
 ¡ Oh qué bien que parecian!
 Pusieron el rico escaño
 Donde el Cid mandado habia,
 Cubierto de ricos paños
 De oro, seda y pedreria.
 Otro dia de mañana,
 Despues que el rey oyó misa,
 Fuése para los palacios
 Con muy gran caballeria,
 Solo el Cid no va con él,
 Que en su posada yacia.
 Garcí Ordoñez, ese conde
 Que al buen Cid muy mal queria,
 Cuando viera aquel escaño,
 Al rey dijo desta guisa:
 — Por merced os pido, rey,
 Oigais lo que yo decia:
 Aquel tálamo que armaron
 Junto de la vuesa silla
 ¿ Para cuál novia se armó?
 Pregúntoos, ¿ verná vestida
 De almejas ó alquiecles,
 O cómo verná guarnida?
 Mandadle quitar de allí,
 Porque á vos pertenecia. —
 Fernan Alfonso lo oyó,
 Al conde le respondia:
 — Conde, muy mal razonades,
 Mucho mal dello os vernia,
 Que decides mal de aquel
 Que muy mas que vos valia.
 No novia, como decis,
 Y si decis que mentia,
 Las manos yo vos pondré
 Y conocervos faria,
 Ante el rey que está presente,
 De qué lugar descendia,
 Que no me podreis negar
 No tener vos mejoría. —
 Mucho le pesó al buen rey

Y á los que con él venian
De lo que habia pasado,
Mas el conde don Garcia,
Como era hombre sañudo,
El manto al brazo ponía,
Dijo : — Dejadme ferir
Al rapaz que tal decia. —
Alfonso cuando lo vido
Su espada sacado habia,
Viniéndose contra el conde
Diciendo : — Castigaría
Las locuras que habeis dicho,
Mas por el rey no osaría. —
El rey los ha despartido
Y á los presentes decia :
— Ninguno debe hablar
Deste escaño que aquí habia,
Que el Cid lo ganó muy bien
Y como home de valia,
Y es caballero esforzado
Y de muy gran valentia,
Y non hay otro en el mundo
Que tan bien lo merecía
Como el buen Cid mi vasallo
De tan alta nombradía :
Y cuanto el Cid es mejor
Mas honra á mi me venía,
Que cuando ganó el escaño
A muchos moros vencía.
Envióme su presente,
Por señor me obedecia,
Como vasallo leal
Cumpliendo lo que debía :
Muchos caballos me dió,
Con moros que los traian,
Y enviárame mi quinto
Como á mi pertenecía.
Nadie non fable del Cid,
Que segundo no tenia.

LVIII. — (Anónimo.)

Digádesme, alevos condes,
¿Qué fallasteis en mis hijas,
Y cuándo tener cuidasteis
Dueñas de tan alta guisa?
¿Por aventura con ellas
Los fidalgos de Castilla
Que baldones vos han dado?
¿En qué vuestro honor vos quitan?
Por madre han á mi Jimena
La mi doña Sol y Elvira :
De tal madre, ¿qué enseñanza?
¿Nin qué fembras de tal vida?
En dote vos di con ellas

Los haleres que tenia,
Y las mis ricas espadas
Que menos falta mi cinta :
Mas fambrientas las tenedes,
Non yantan como solian,
Que siempre fechos cobardes
Dan escasas las heridas.
Yo vos las demando, condes,
Ante el rey que ende nos mira,
Porque á Colada y Tizona
No es bien que alevos las ciñan.
Non son heredadas, non,
Sino en batallas tenidas
De entre lanzas y con sangre
Mis armas todas tenidas.
En los robledos de Tórmes
Me la dejades vertida ;
Mas la de dueñas atales
Ved qué varones no estiman.
Non por ende me afrentades
Por ser mis hijas queridas,
Que aunque son mi sangre estaba
En vuestas mugeres mismas.
Con todo vos reto, condes,
Por facer la sangre limpia,
Porque el golpe del agravio
No hay miembro que no lastima.
Tenudo soy á facello
Por vuesa honra y la mia,
Que la mancha del honor
Solo con sangre se quita. —
Estas palabras el Cid
A sus dos yernos decia,
Levantado del escaño,
La mano á la barba asida.

LIX. — (Anónimo.) (1)

El temido de los moras,
Aquella gloria de España,
El que nunca fué vencido,
El rayo de las batallas,
Ese buen Cid Campeador,
Defensor de nuestra patria,
Espejo de capitanes
Y de traidores venganza,
En las córtés de Toledo
Do le fueron entregadas
Ante el sexto rey Alfonso
Por los condes las espadas,
Así fabiaba con ellas
Sin hartarse de mirallas :
— ¿Dó estais, mis queridas prendas?
¿A dó estais, mis prendas caras?
No caras porque os compré

Por dinero, oro ni plata,
Mas caras porque os gané
Con el sudor de mi cara.
Al rey moro de Marruecos
Siendo Valencia cercada
A vos gané, mi Tizona,
Que vos traia en su guarda ;
Y al conde de Barcelona
A vos os gané, Colada,
Cuando les tomé á los moros
Los castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
Antes por la fe cristiana
En la sarracena gente
Os traje siempre cebadas.
A los condes mis dos yernos,
Por ser joyas tan preciadas,
Vos di, y ellos (¡mal pecado!)
Os tienen de orin manchadas.
Non érades para ellos,
Que vos traian afrentadas,
Por de dentro muy fambrientas,
Por de fuera pavonadas.
Libres estais de las manos
Que os traian cautivadas,
El Cid os mira en las suyas
Donde seréis mas honradas. —
Dijo, y á Pedro Bermudez
Y á don Alvar Fañez llama,
Y manda que se las guarden
Mientras las córtés duraban.

LX. — (Anónimo.)

A vosotros, fementidos,
Condes de villano pecho,
Como traidores al rey
A entrambos juntos vos reto.
Mis hijas os di, traidores,
Pero non, que en ello miento,
Al rey las di que las diese
A quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
A él se fizo este avieso,
Y él las recibió por hijas,
Yo á vosotros por mis yernos.
Por ser fecha á mi señor
Esta injuria, por él vuelvo,
Que el que ha vasallos honrados
Ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mugeres teneis manos,
¡Por Dios, bravos caballeros,
Si al veros con el rey Búcar
No fuérais de piés tan prestos!
Pero bien dice el refran
Que hay tan valientes guerreros
Por los piés como por manos,
Y vosotros sois de aquestos.

¡Oh cuánto diérais agora
Por fallar otros dispuestos
Tales como los fallasteis
Cuando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
Los que en este pecho siento,
Que es un leon cada agravio
Fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al rey
Que le veo y le respeto ;
Pero pagarlo heis, villanos,
Si no es que os subais al cielo.
Mas non subireis, cobardes,
Que es Dios grande justiciero
Y no consiente traidores
Sin castigo de sus yerros :
Cuanto mas que la Colada
Y la Tizona yo entiendo
Vos serán tal purgatorio
Que vais desta culpa absueltos.

LXI. — (Sepúlveda.)

En las córtés de Toledo
Que el buen rey Alfonso hacía
Para dar derecho al Cid
Que querellado se había
De los condes de Carrion
Sus yernos que ser solian,
Porque á sus buenas mugeres
Deshonrado las habian,
Vuelto le han sus dos espadas,
El haber tambien volvan.
El Cid por grandes traidores
A ambos retado había ;
Los infantes no responden
A lo que el buen Cid decia.
El rey dijo á los infantes
Qué era lo que respondian,
Diego Gonzalez el uno
Al rey así le decia :
— Ya, señor, sabeis que somos
De los buenos de Castilla,
Dejamos nuosas mugeres
Porque no nos merecian ;
Casar con hijas del Cid
Gran deshonra nos traía. —
Los del Cid no respondieron,
Que el Cid mandado tenia
Que si él no lo mandase
Ninguno hablar debía.
Ordoño, sobrino suyo,
Era el que respondía :
— Calla tú, Diego Gonzalez,
Que eres de gran cobardia ;
Muy valiente eres de lengua,
Mas esfuerzo no tenias,
Y en esa tu falsa boca

(1) Al mismo asunto del romance de Sepúlveda que dice : « En Toledo estaba Alfonso.

Ninguna verdad habia.
 Lembrete cuando en Valencia
 En la lid que el Cid facia
 Echaste á fuir de un moro,
 Y el moro bien te seguia,
 Y yo le salí al encuentro,
 Muerto en tierra lo ponía,
 Dite su caballo y armas
 Y al Cid entender facia
 Que tú mataste aquel moro
 Que aquel caballo traía.
 Yo lo fice por te honrar
 Por casar con la mi prima:
 Alabásete tú desto,
 Yo lo otorgaba á tu guisa,
 Nunca salió de mi boca
 Fasta hoy que lo decia,
 Y si agora lo publico
 Es por tu gran villanía:
 Y sepan cuando en Valencia
 Cuando el leon que ende habia
 Se soltó de donde estaba,
 Tú, porque á esconderte ibas,
 Rompiste el manto y el sayo
 Que cobijado tenias,
 Por entrar bajo un escaño
 Que en el aposento habia.
 No digo cómo tu hermano,
 Que es aquel que me veía,
 Cayó con notable miedo
 En parte do no debia.
 Así, señor rey Alfonso,
 A tu alteza yo decia
 Que este día fuera bien
 Demostrar su valentía,
 No en los robledos de Tórmes
 Do ferido habian mis primas,
 Mugeres de tal linage
 Que muy mas que ellos valian,
 Que si yo ende estuviera
 Cometerlo no osarian;
 Ficieron como cobardes,
 Yo se lo combatiría,
 No hicieron como buenos
 Como manda la hidalgua.
 Muy feble es facer tal cosa
 Ningun home de valia,
 Y poner mano en mugeres
 Non es de caballería.

LXII. — (Anónimo.)

Despues que el Cid Campeador
 Pidió derecho del tuerto
 Por que fueron emplazados
 Los condes para Toledo,
 El rey don Alfonso el Bravo,
 Aquel que con gran denuedo

Al foradar de la mano
 Tuvo siempre el brazo quedo,
 Mandó que dentro en tres meses
 Pareciesen en Toledo,
 O fincasen por traidores
 Ellos y el conde don Suero.
 Mandó que se fagan córtes
 Y se junten á ellas cedo
 Sus grandes y ricos homes,
 Que quiere tomar su acuerdo;
 Que si los condes son nobles,
 Alfonso es rey de derecho,
 Magüer que el Cid en honor
 Es honrado caballero.
 Antes de cumplir el plazo
 Todos á córtes vinieron,
 Y el Cid trujo en su compañía
 Novecientos caballeros.
 Salió el rey á recibirlo
 A dos leguas de Toledo;
 Unos de envidiosos callan,
 Otros dicen que es escoso.
 Palacios de Galiana
 Mandó el rey esten compuestos,
 Las paredes de brocado
 Y el suelo de terciopelo.
 Junto á la silla del rey
 Su escaño del Cid pusieron,
 Do que mofaban los condes
 Profanando y zaheriendo,
 Sentados en córtes todos
 Fabló el rey á sus porteros:
 — Mándovos que callen todos,
 Infanzones y homes buenos:
 Vos, el Cid, decid su culpa
 Y ellos defiendan su pleito,
 Librásevos ha justicia
 Con que quedéis satisfecho.
 Seis alcaldes vos señalo
 De mi casa y mi consejo,
 Y que todos ellos juntos
 Juren por los evangelios
 Que cuidarán de ambas partes
 Asaz entender el pleito,
 Y entendido juzgarán
 Sin pasion, amor, ni miedo.—
 Levantóse luego el Cid,
 Y sin mas alongamientos
 Pide le den sus espadas
 Tizona y Colada luego.
 El rey miraba á los condes
 Qué responden atendiendo,
 Pero ninguna razon
 En su defensa dijeron.
 Los jucces mandan las den
 Sin ningun detenimiento;
 Magüer hubieron pavor,
 Entregarlas no quisieron

El rey dijo: — Descorteses,
 Volvédselas á su dueño,
 Que supo mejor ganallas
 De los moros de Marruecos.—
 Ya cobradas las espadas,
 Dos mil marcos de dinero
 Les pide y todas las joyas
 Que les dió en los casamientos.
 Unánimes los jueces,
 De comun consentimiento,
 Los condenan á que paguen
 De contado todo el precio.
 Comenzó de nuevo el Cid,
 Los ojos como de fuego
 Y el rostro como una gualda,
 A demandalles el tuerto.

LXIII. — (Anónimo.)

En las córtes de Toledo
 A do yace Alfonso el Sesto,
 El Cid le fabla á Bermudo
 Con muy grande sentimiento:
 — ¿ Non fablais vos, Pedro mudo?
 Fablad, que non estais muerto:
 ¿ Non sabedes que mis hijas
 Son vuestas primas en deudo?
 Ende mas que en su deshonra
 Mucha parte os cabe dello.—
 Mucho le pesó á Bermudo
 De lo que el Cid ha propuesto:
 Juntóse con Garci Ordoñez,
 Y desque fué cerca puesto
 Le diera tan gran puñada
 Que dió con él en el suelo.
 Alborótanse las córtes,
 No queda nadie en su asiento,
 Aquí sacan las espadas,
 Allí dicen mil denuetos.
 Unos apellidan Cabra,
 Otros Valencia, otros reino,
 El rey está ardiendo en ira,
 Diciendo: — Afuera, teneos.—
 Otra vez replicó: — Afuera,
 Sin mas audiencia condeno,
 Con acuerdo de mi corte
 Y de mi real consejo,
 Por los méritos que fallo
 Que resultan deste pleito,
 A los condes de Carrion
 Que lidien conforme al reto,
 Y que el Cid haya cumplido
 Con dalles tres escuderos,
 Y los que mejor lidiaren
 Ellos salven su derecho.—
 Pidieron plazo los condes
 Para guisar en el fecho,
 Y al cabo de ruegos muchos

La noche se puso en medio.
 Volvióse el rey á su casa,
 La corte á su alojamiento,
 Y al salir de los palacios
 Donde las córtes se han fecho
 De Navarra y de Aragon
 Al rey vienen mensageros.
 Cartas le traen de sus reyes
 Pidiéndole otorgamiento
 De las dos hijas del Cid
 Para dos fijos mancebos.
 Don Ramiro el de Navarra
 La pide, si bien me acuerdo,
 A la mayor doña Elvira,
 Dueña de virtud y arreo:
 A la menor doña Sol
 Ha pedido el rey don Pedro
 Para su hijo don Sancho
 De Aragon propio heredero.
 Partiése á Valencia el Cid
 Ufano, alegre y contento,
 Desagraviadas sus hijas
 A guisar los casamientos.

LXIV. — (Sepúlveda.)

Ya se parte de Toledo
 Ese buen Cid afamado,
 Y acabáronse las córtes
 Que allí se habian celebrado.
 Aquesse buen rey Alfonso
 Muy gran derecho le ha dado
 De los infantes, los condes
 De Carrion el condado.
 Don Rodrigo va á Valencia
 Que á los moros la ha ganado:
 Novecientos caballeros
 Lleva todos fijosdalgo,
 Que de la rienda le llevan
 A Babieca el buen caballo.
 Despidióse el rey del Cid,
 Que le habia acompañado,
 Lejos van uno de otro,
 El Cid envió un recaudo,
 Pidiendo merced al rey
 Le aguarde para habllarlo.
 El rey aguardára al Cid
 Como á bueno y leal vasallo,
 Y el Cid le dijo: — Buen rey,
 Yo he sido muy mal mirado
 En llevarme yo á Babieca,
 Caballo tan afamado,
 Que á vos, señor, pertenece
 Como mas avantajado.
 Non le merece ninguno,
 Vos si solo á vuestro cabo,
 Y porque veais cual es,
 Y si es bien el estimallo,